

MANUAL DE LA OSCURIDAD

ENRIQUE DE HÉRIZ

MANUAL
DE LA OSCURIDAD



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Diseño de la cubierta: Edhasa

Primera edición en Edhasa: febrero de 2013

© Enrique de Hériz, 2009

© de la presente edición: Edhasa, 2013

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C

C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires

Tel. (11) 43 933 432

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-84-350-1984-2

Depósito legal: B. 710-2013

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso por Liberdúplex

Impreso en España

A Pere, arriba y abajo

Hay que pensar que un hombre es eso: alguien que mira las cosas y sabe cómo se llaman.

CARMEN GÁNDARA, en el cuento
«La pelota de papel»

Así es como algunas personas, en apariencia sensatas, permiten que alguien engañe sus sentidos y se aproveche de su imaginación.

HARRY KELLAR, en *A Magician's Tour*

Estas burdas manifestaciones físicas sólo pueden ser la arenilla y la escoria depositadas por la marea sobre un guijarro indolente; las aguas del mar iluminado por los cielos, si es que existen, han de quedar muy lejos.

HORACE HOWARD FURNESS, en el «Informe preliminar de la Comisión Seybert para la investigación del espiritismo moderno» (Universidad de Filadelfia, 1887)

PRIMERA PARTE

LA PUERTA VERDE

Quedan pocos escalones para llegar a la puerta verde, once o doce. Hay poca luz para contarlos. Víctor Losa se detiene, respira hondo, piensa que es el momento más feliz de su vida. No tuvo la misma sensación la semana pasada, cuando lo nombraron mejor mago del mundo tras su exhibición en el Festival Internacional de Lisboa. Tampoco va a conservarla dentro de unos segundos, cuando llegue al rellano, abra la puerta verde, entre en la sala y reciba la ovación de los magos profesionales de Barcelona, reunidos por Mario Galván, su viejo maestro, para rendirle homenaje. Sabe que sólo es un remanso de la vida, una pausa, un mirador que le ofrece el tiempo.

No va a dar saltos de alegría, ni subirá de prisa para regodearse en el clamor que le espera. Al contrario, quiere flotar, permanecer, sobrevolar este instante. Tiene su lógica: todo empezó aquí. Hace veintidós años, tras la primera clase con Galván, oyó de sus labios un ambiguo y extraño pronóstico: «Este desgraciado será un mago de puta madre». Ocurrió en esta escalera, quién sabe si incluso era este mismo el escalón en que entonces se quedó paralizado, atento a los murmullos que arriba, detrás de la puerta, emitía el maestro sin saber que él lo estaba oyendo. Es fácil entender que ahora se detenga a medio ascen-

so, reviva lo que sintió al oír aquella predicción apenas mascullada entre dientes y celebre, con los pulmones dilatados, la serie de sucesivos éxitos que se han ido sumando para traerlo hasta aquí.

A punto de reemprender el ascenso, levanta la cabeza y se lleva un susto de muerte: la puerta verde no está. Está, claro, tiene que estar; pero no la ve. En su lugar hay una mancha lechosa, un halo blanco, como si un velo se interpusiera en su mirada. Se quita las gafas y se frota los párpados. Cuando vuelve a mirar, la ve ahí delante, vieja, mal pintada, como siempre. Las cosas desaparecen y vuelven a aparecer de maneras imprevisibles. Nadie sabe tanto de eso como él.

Ha sido un efecto visual, fácil de atribuir al cansancio acumulado en los últimos días y a ciertos excesos en la celebración. Además, sólo ha durado unos segundos. No puede tratarse de nada grave, ni justifica en modo alguno el miedo desatado que atenaza de pronto a Víctor y lo deja pegado al escalón, como si todo el aire que lo impulsaba a flotar hace apenas un instante se hubiera llenado de cemento.

Debería estar pletórico. Debería subir de dos en dos los escalones, abrir de un empujón la puerta, entrar en la sala y abrazar a Mario Galván con todas sus fuerzas. Al fin y al cabo, ambos llevan años esperando este momento, pero también, aunque nunca se atrevieran a decirlo en voz alta, han temido alguna vez que no llegara. O que llegara tarde, tarde para Galván, que ya debe de rondar los ochenta. Víctor nunca ha sabido la edad exacta del maestro, pero ya era mayor cuando lo conoció. Y lleva muchos años enfermo.

¿Qué le impide seguir subiendo? No será el miedo a lo que le espera arriba. Sólo tiene que hacer un truco. Lleva mucho tiempo actuando en escenarios más grandes e imponentes que éste, ante públicos a menudo menos receptivos. Ni siquiera guarda memoria exacta de los países que ha visitado, de los estudios de televisión en que ha sido recibido como la estrella del momento —un momento que ya se prolonga lo suficiente como para merecer otro nombre—, de los festivales en que sus colegas se han peleado por ocupar las primeras filas para ver de cerca sus prodigios. Entonces, ¿qué clase de miedo es éste? ¿Un vértigo anticipado? ¿El temor a que se cumpla la máxima ridícula según la cual, una vez alcanzada la cumbre, sólo se puede bajar? Tonterías.

Es otra cosa. Un mal presagio. Desea con todas sus fuerzas que la vida se detenga y concentra en ello todo el poder de su mente, igual que quien sufre un corte profundo y, durante el segundo que tarda en aflorar la sangre, clava la mirada en la herida como si eso pudiera cauterizarla.

Tantea la pared con la palma de la mano en busca de un equilibrio prestado. Pronto aprenderá que no debe hacer eso, no así, con la palma nunca. Alguien le enseñará que conviene tocar las cosas con el dorso. ¿Pronto? Es una forma de hablar. Cualquier tiempo por venir está ahora demasiado lejos, tan inalcanzable como ese escalón que no consigue subir. O que tal vez no quiera subir, porque ni siquiera parece intentarlo. Debería ser fácil. Este hombre ha hecho levitar cuerpos sólidos en el escenario. Hop, Víctor, ale hop. Sólo es un escalón. Agárrate a la barandilla y empuja. Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo, joder. El mundo.

Sube un escalón. ¡Hop! Y otro. Y luego, de dos en dos, todos los que quedaban: once o doce, ya lo hemos dicho, hay poca luz, apenas la suficiente para saber que ya está pisando el rellano, aunque Víctor no se engaña y entiende que llegar arriba significa adentrarse en lo más hondo de su vida, en lo más bajo. ¿Magia? Ale hop. Arriba y abajo. Cruza el rellano. Apoya una mano en el pica-
porte. Antes de abrir, escucha el agitado murmullo de quienes llevan ya rato esperándolo. A este lado de la puerta verde está el pasado, todos sus ecos apelotonados de tal modo que han de comprimirse para ceder un mínimo de espacio al presente, aun a costa de confundirse con él. Este desgraciado será un mago de puta madre. Este desgraciado será. Este desgraciado. Este. Imagina que al otro lado está el futuro y quiere suponerlo vacío, sin luz siquiera, salvo por una mínima claridad atrapada al fondo, en el polvo de un ventanuco. Así lo conoció entonces. Ahora sabe que hay noventa y dos personas, se lo ha dicho la hija de Galván por teléfono esta mañana. Noventa y dos, no cabe ni una más: sesenta y cuatro en las sillas y el resto de pie, pegadas a las paredes laterales u ocupando el pasillo central por el que ya se abre paso Víctor mientras devuelve una mueca aturdida a quienes le lanzan guiños o silbidos atronadores, al pataleo retumbante, a las sucesivas palmadas en la espalda, casi empujones, de manos calientes por el aplauso. Llega a la pequeña tarima que sirve de escenario, sube y se funde en un abrazo con Mario Galván, que lo espera allí como si nunca se hubiera ido, como si durante todos los años que han pasado desde que pronunció el maldito pronóstico hubiera permanecido ahí clavado, aten-

to a la llegada del momento en que pudiera darlo por cumplido. Este momento.

Víctor aprieta y aprieta los brazos en torno al torso de Galván como si fuera la única salvación de su previsible hundimiento. Y el maestro, sorprendido, incapaz de creer que Víctor pueda estar nervioso o asustado, pero también de encontrar otra explicación a su comportamiento, atribuye a la emoción del momento la fuerza convulsa del abrazo y su rigidez, vencida sólo en el cuello cuando su alumno favorito apoya la frente en su hombro y, sin soltar en ningún momento la tenaza de los brazos, rompe a llorar. Galván podría quebrarse. Es alto y flaco. Tiene ochenta años o más. Sonríe y le acaricia la espalda. De arriba abajo, con una mano. Dos, tres y hasta cuatro veces. Con la otra le da unas palmaditas en el hombro. Ya, le dice. Ya, ya.

El maestro acompaña al alumno hasta una de las dos sillas que hay en el escenario y le ayuda a sentarse. Parece que hayan intercambiado las edades. Galván se queda de pie y se encara al público. Sólo entonces se atenúa la ovación de manera sincronizada, como si todos los presentes hubieran aprovechado la tardanza de Víctor para ensayar su parte en el homenaje.

Mario Galván anuncia que no es día de discursos, sino de celebraciones. Promete ser breve y lo cumple. Encuentra las palabras justas para contar lo que todos saben ya y sin embargo quieren oír de nuevo: cómo vislumbró en su primer encuentro con Víctor la llegada futura de este día feliz; cómo su intuición se vio recompensada por el esfuerzo continuo del mejor alumno que jamás ha tenido. Pide perdón porque sabe que entre los presentes hay

otros alumnos suyos, afirma que sigue con admiración y orgullo los progresos de todos ellos. «Pero –concluye– no soy yo quien lo dice. Es la Asociación Mundial de la Magia. Desde la semana pasada es oficial lo que yo siempre di por hecho: Víctor, Víctor Losa, es el mejor mago del mundo. Os dejo con él.»

Nueva ovación, algo más corta pero tan intensa como la anterior. Parece evidente que el destinatario es ahora Galván, no tanto por sus palabras como por la parte que le corresponde en los méritos de su alumno. Al menos el propio Víctor lo interpreta así y por eso se suma, alzando las manos en dirección al maestro mientras aplaude. Galván da las gracias con un cabeceo pudoroso y se dispone a abandonar el escenario.

–Espera, Mario –lo detiene Víctor–. Véndame los ojos.

Saca del bolsillo un pañuelo negro y se lo entrega a Galván. Éste le tapa los ojos y anuda las puntas del pañuelo en la nuca. Luego abandona el escenario y busca la única butaca vacía que queda entre el público.

Víctor deja que el silencio se alargue unos segundos más de lo esperable. No responde a ningún cálculo teórico, sino al dominio de la parte teatral de su oficio, una virtud intuitiva que supo incorporar a sus actuaciones desde la primera época. Sabe por experiencia que en este momento cualquier palabra suya, o cualquier gesto, así sea el inocuo revuelo de una mano en el aire, multiplica su significado.

–No me gusta mucho hablar en público –dice al fin. Suenan algunas risas. Todos los asistentes saben que los triunfos de Víctor se han forjado en la originalidad de su discurso, pero sólo los pocos que lo conocen bien entien-

den que su reticencia a hablar no es una impostura—. Quiero dar las gracias a Mario Galván. Aunque sólo sea por haberme señalado la diferencia entre un pianista y un mecanógrafo. Tú ya me entiendes, Mario.

Durante los últimos días ha pensado mucho en este momento. Si fuera por él, daría por terminado el acto y, tras agradecer a todos su presencia, propondría que alguien abriese de una vez las botellas de champán que esperan al fondo, sobre una mesita plegable sospechosamente parecida a aquella en la que tomó su primera lección de magia. Sin embargo, muchos de los presentes no estuvieron en Lisboa y se perdieron la gran final. Han oído que Víctor ganó con un solo truco, que donde los demás planteaban grandes innovaciones tecnológicas y números espectaculares él se presentó con una baraja en las manos y sedujo al jurado. Esperan que lo repita ahora. Es justo: no va a encontrar mejor momento que éste para compartir un éxito que ni siquiera él mismo cree merecer en exclusiva. Quiere hacer sentir a los presentes que son partícipes de esa bendición del azar, y no porque él la ceda generosamente, sino porque todos son eslabones de una misma cadena de conocimiento. Se levanta y da tres pasos para llegar al borde del escenario. Con aplomo, como si no tuviera los ojos vendados. Justo cuando abre la boca para hablar, alguien de la primera fila se le adelanta y vocifera:

—Mi padre murió...

El público corea la ocurrencia con una carcajada. Víctor no puede molestarse por la interrupción. Lleva años abriendo todas sus actuaciones, sin excepción, con esa frase. Es lo único seguro que sus seguidores incondiciona-

les conocen de antemano cuando van a verlo. El prelude, la apertura, la frase talismán: «Mi padre murió cuando yo tenía siete años». De hecho, parte de la expectación generada cada vez que presenta un nuevo espectáculo consiste precisamente en comprobar qué derroteros imprevisibles tomará ese principio invariable para llegar cada vez a un final distinto y, sin embargo, verosímil y coherente.

Víctor disfruta de las risas del público y del siseo posterior que pretende acallarlas.

—Ya —concede al fin—. Todos sabéis que murió mi padre, pero nunca os he contado que heredé una caja con algunas posesiones suyas, entre las que había una baraja de cartas. Esta baraja. —Alza una mano y la muestra al público—. Nueva, entera, con su envoltorio y su sello intactos. Llevo muchos años esperando el día oportuno para estrenarla y pensaba hacerlo hoy, pero ahora, llegado el momento, os confieso que no me atrevo. Me da miedo. Os voy a pedir un favor: que lo hagáis por mí. Ojalá entre todos podamos superar el maleficio que sin duda tendrán estas cartas.

Lanza la baraja hacia la primera fila. Alguien se levanta y la atrapa al vuelo.

—No te sientes —le insta Víctor de inmediato—. Por favor, date la vuelta para que todo el mundo pueda ver lo que haces. Todos menos yo, claro. Yo no veo nada. Ahora, te voy a pedir que rompas el sello que mantiene la caja cerrada desde hace más de treinta años. Quédate la caja y pasa las cartas a alguien de la segunda fila. A quien tú quieras.

Por si la venda que cubre sus ojos no fuera suficiente garantía, Víctor se da la vuelta, dispuesto a permanecer de espaldas durante el resto de la función. Aun así, la diri-

ge con instrucciones precisas y oportunas, como si en todo momento estuviera viendo lo que ocurre entre las butacas. Ordena al segundo espectador que pase las cartas a un tercero, a quien ofrece la posibilidad de barajarlas. Como elige el método americano, reconocible por su sonido al trazar el arco final, Víctor pide al siguiente que practique la mezcla tradicional por arrastre. Tras anunciar que no quiere que haya la menor duda acerca de la limpieza del método, ofrece al quinto la posibilidad de cortar la baraja por donde le parezca oportuno y seguirla circulando. A estas alturas, casi todos los asistentes están de pie y con la cabeza vuelta hacia el centro de la sexta fila para no perder de vista las cartas.

—Hombre, Mario —dice Víctor, justo cuando el que acaba de cortar entrega la baraja al maestro—, me alegro de que seas tú. Quiero que escojas una carta. Tómate tu tiempo y enséñasela a quien quieras.

Antes de escoger, Galván abre en abanico la baraja entera y echa una ojeada para descartar que los naipes estén dispuestos con algún orden memorizable. Revisa también el dorso, cierra el abanico, repasa el filo de las cartas para asegurarse de que no haya ninguna trucada, se encoge de hombros, aparta el tres de diamantes, lo alza para que todo el mundo pueda verlo y anuncia:

—Ya.

Víctor pide a Mario que vuelva a mezclar su carta con las demás, en la posición que prefiera, y entregue luego el mazo a alguien de la siguiente fila. Éste recibe la instrucción de barajar y seguirlo circulando. Las cartas llegan así al final de la sala e inician el camino de regreso hacia el escenario. Víctor pide entonces que, en cada fila,

alguien divida la baraja en dos, se quede un montón y pase el otro. El mazo va menguando hasta que, al llegar a la segunda fila, quedan sólo dos cartas.

—No sé quién eres —anuncia Víctor en ese momento—, pero tienes dos cartas en la mano. En la primera fila hay alguien que antes se ha quedado la caja. Búscalo, por favor, y entrégaselas.

El murmullo que desde hace un rato iba acompañando el paseo de la menguada baraja por la sala se ha vuelto ya incontenible.

—Por favor, no las mires. Saca la caja que antes has guardado en el bolsillo. Separa una carta y métela dentro. La otra te la puedes quedar. Dale la caja a Mario Galván. Creo que lo que hay dentro le pertenece.

La excitación colectiva anula ahora cualquier posibilidad de sincronización. Algunos rompen a aplaudir antes incluso de que Galván reciba la caja. Otros sueltan carcajadas, gritos, silbidos. Muchos, en cambio, esperan la resolución final en silencio, sin dar crédito a lo que están viendo o, peor aun, alarmados precisamente porque lo ven y no pueden dejar de creerlo. Alguien exclama:

—¡No puede ser!

Víctor acaba de repetir el truco que le valió el gran premio la semana pasada: un efecto nuevo, inventado por él, en el que la magia parece de verdad actuar por sí misma, sin la menor intervención mecánica del mago. De espaldas. Con los ojos vendados. Y ante profesionales. Los más desconfiados, en vez de mirar a Galván, lanzan rápidas ojeadas al techo y a los rincones de la sala en busca de cámaras, cables, espejos, algún artilugio que —combinado con una trampa imperceptible en el vendaje de los

ojos de Víctor— permita explicar el truco. Todos saben lo que se puede llegar a hacer con un simple espejo. Unos cuantos sostienen aún las cartas que les ha tocado quedarse. Algunos las miran para descartar la explicación más obvia: que sean todas iguales. Otros se las echan al bolsillo, felices de contar con un recuerdo futuro de este momento memorable; más de uno lo hace con la convicción de que al llegar a casa, con algo de tiempo, sabrá analizarlas detenidamente y dar con la clave. Cuando la caja llega a manos de Galván se hace un tenso silencio que dura apenas los tres segundos que éste tarda en abrirla y mostrar el tres de diamantes a la concurrencia, sin mirarlo antes, como si la mera pretensión de confirmar el acierto supusiera una ofensa para su alumno. Víctor sigue plantado de espaldas en el escenario.

—¿Qué carta es? —pregunta.

Nadie le contesta. Tal vez porque saben que la pregunta es protocolaria, aunque también puede ser que el estruendo de la ovación les haya impedido oírle. Víctor ensancha la boca en una sonrisa lacónica y, con un susurro inaudible para el público, afirma: «No importa. Todas son hijas de dios».

Se da la vuelta. Agradece los aplausos con una lenta reverencia. Sonríe y se quita el pañuelo. Abre los ojos poco a poco, con cuidado, como si la luz fuera una lanza. Y lo es. De inmediato vuelve a cerrar el ojo izquierdo y se lo tapa con una mano. Lo abre de nuevo, pero deja la mano pegada a la frente para defenderse del foco que lo deslumbra. ¿Tiene algo dentro del ojo? Roza el párpado con un solo dedo, sin apretar, incapaz de evitar la tentación de frotarlo pero temeroso de encontrar dentro un

cristal, arenilla, algo rasposo. Una luna. Eso es lo que hay en su ojo izquierdo. Luna llena: es una forma de hablar, algún nombre hay que ponerle. Una minúscula luna llena. Una oblea. Una galleta blanca.

La ovación no cesa. Víctor parpadea. Primero una sola vez, lenta y deliberada. No le duele. Luego un pestañeo rápido y repetido, casi como un tic nervioso. Barre el patio de butacas de izquierda a derecha con la mirada y comprueba que el halo blanco acompaña el recorrido. Qué sensación tan extraña. Cualquiera en su lugar iría corriendo al baño y pondría el ojo bajo el chorro de agua. Víctor intuye que no arreglaría nada con eso, tal vez porque le resulta imposible no relacionar este extraño episodio con el fognazo momentáneo que le ha hurtado la visión de la puerta verde hace apenas media hora en la escalera y, peor aún, con la sensación de que iba a ocurrir algo grave.

Entre el barullo, se oye un grito:

—¡Víctor! ¡Va!

Es Galván. Tras comprobar que Víctor le ha oído, el viejo maestro da un brusco golpe de muñeca y el tres de diamantes salta por el aire y sobrevuela la sala trazando espirales. Han practicado este ejercicio miles de veces. Galván podría lanzar de una en una todas las cartas de la baraja desde mucho más lejos, de espaldas, o incluso paseando y cambiando de lugar entre un lanzamiento y el siguiente, y todas aterrizarían mansamente en la mano semiabierta con que Víctor espera ahora la llegada del tres de diamantes. Sólo la confianza que genera el hábito le permite permanecer en su sitio y fingir que sigue el vuelo del naipe con la mirada. Porque en realidad no lo está viendo. Se le hace larguísima la espera, como si un engr-

naje fallara de pronto en la maquinaria del tiempo. Nada estruendoso, no hay temblores telúricos, ni amenaza con desplomarse ningún planeta. Es un mísero crujido, una vuelta de tuerca en el vacío. Dentro de unos meses, cuando quiera recordar este momento, le parecerá que sólo puede llegar a él atravesando un desierto de días muertos. Cierra la mano justo a tiempo para atrapar la carta en el aire. La mira. Al principio, no ve ningún tres, ni diamante alguno, en su superficie. Parece una carta blanca. Sólo si cierra el ojo izquierdo aparecen las figuras, aún borrosas, sobre el cartón.

Aturdido, baja de la tarima y se mezcla con la gente. Más palmadas y empujones. Le dicen cosas, le felicitan al oído. Oye también, aunque parece que vengan de otro planeta, los comentarios que los asistentes cruzan entre sí. Es el mejor, dicen, el mejor. Procura sonreír a todos, si es que ese rictus merece llamarse sonrisa, pero no se detiene a hablar con nadie. La inercia del grupo lo ha llevado hacia el fondo de la sala, donde Mario y unos cuantos voluntarios descorchan ya las primeras botellas y van llenando vasitos de plástico. Víctor está al lado de la puerta. Antes de salir, contempla por última vez la sala. Aquí creyó renacer hace veintidós años. Aquí ha sufrido, ha luchado, ha llorado de rabia por lo imposible y de felicidad por lo inesperado. Aquí está presente toda su vida, que hace apenas media hora le parecía tan feliz. Agazapados bajo los asientos, fundidos en las sombras de los rincones, lo acechan todos los hombres que ha sido desde que cruzó por primera vez la puerta verde.

Cuando quiere darse cuenta, está a dos manzanas de distancia. Camina deprisa y tantea las llaves de su casa

en el bolsillo del pantalón, entregado a la minúscula esperanza de que los nervios le permitan conciliar el sueño y la mañana le traiga el milagro de la recuperación. Todavía parpadea y agita la cabeza bruscamente, como si lo que tiene en el ojo fuera un parásito, un bicho agarrado a su córnea. Pasará un buen rato antes de que los reunidos reparen en su ausencia y empiecen a preguntar quién lo ha visto y dónde, pero dónde se ha metido. Te van a echar de menos, Víctor.